

# **LENGUA DE BUEY**

**de Ricard Gázquez**

**(Versión revisada: junio 2000)**

## Personajes

**MARCELO BUEY:** Un hombre que se pierde por la lengua.

**EL QUE ESCUCHA:** un especialista en infartos de miocardio.

**EL DEL TELÉFONO:** Un devorador de caracoles aficionado a las conferencias.

**EL QUE LLAMA A TERESA:** Un tonto.

**EL DE LAS ALFOMBRAS:** Un vendedor alérgico que se fija en las cosas.

**VOCES DEL INTERFONO:** Una historia cotidiana.

**MARTA:** Una muda fingida. Una mujer que ríe. Una mujer que se moja con la lluvia.

**TERESA:** Otra muda fingida. Una mujer que ríe. Una mujer que suspira por diversión.

**RAFAELITA:** Una mujer desgredada y voluminosa.

**LA SEÑORA MARÍA:** Una anciana senil que pasea cupones.

**EL DE LA CARRETILLA:** Un hombre viejo que todavía carga bultos.

**HOMBRE ALTO:** Un hombre entrajado que pierde los papeles.

**HOMBRE MENUDO:** Un hombre que usa trajes con mala intención.

**HOMBRE CORPULENTO:** Un hombre que usa trajes y que sabe jugar al dominó.

**DOS AZAFATAS:** Dos mujeres.

**UN CAMARERO.**

## I

### Plaza de la Bullanga

(Tramo ancho de una calle que se estrecha a lo lejos en perspectiva o solar donde hubo una manzana de casas y que ahora queda como raro espacio abierto en medio del prieto entramado de calles de la parte antigua de la ciudad, como una plaza de límites inciertos. En la calle que se aleja, al fondo, se diría por las luces y el ruido que hay un pequeño bar de bullanga continua y música sabrosa, con algunas sillas y mesas redondas. Como se verá por los transeúntes que puedan cruzar, hay otras callejuelas que la atraviesan como nervios. A media altura, según se va al bar, un hombre habla por teléfono en una cabina abierta. Probablemente llama a larga distancia, porque en algunos momentos eleva la voz desmesuradamente y su acento tiene perfiles porteños. Se oyen voces domésticas a través del interfono de un portero automático que alguien ha olvidado apagar. Es una noche de verano. BULLICIO CONTINUO. En la plaza hay un hombre que permenece inmóvil y atento, como si hablara con alguien que se esconde en la oscuridad. Se produce un silencio y luego habla.)

MARCELO BUEY.- Pero desconfío, yo desconfío de los que se quedan en esa especie de actitud de espera tanto como de los que dan su nombre a la primera. Es fácil sonreír y eludir las preguntas, pero no estoy dispuesto a callarme ni un minuto más por eso de no asustarte o porque te hayas perdido y prefieras simular que todo marcha y que sabes perfectamente dónde estás. Estoy seguro de que te queman las plantas de los pies y que saldrías corriendo si no... Ya, claro, a mí no me importa y además es de noche y...

Dímelo, no te interesa lo que yo te cuente, ¿no es cierto? Salgo de aquí y te enseño los

dientes, te hablo. Casi no oigo ni tu voz. No me respondes y a mí no me importa. Yo no te fuerzo a nada, te pregunto.

(EL QUE ESCUCHA permanece en la oscuridad. Respira con dificultad. Pausa. Se oye al del teléfono.)

EL DEL TELÉFONO.- Cuando trabajé allá pensé que moriría de aburrimiento.

MARCELO BUEY.- ¿Sabes a qué me refiero?

EL DEL TELÉFONO.- No había nada en qué pensar. Las mujeres cruzaban por delante de mi ventana. Imposible decirles nada.

MARCELO BUEY.- ¿Por qué? ¿No? Hablo bien, estoy tranquilo. Tú tampoco me asustas. Pero te da vergüenza que te vean conmigo, ¿no? No nos conocemos, de acuerdo, pero yo no voy así, así, vestido para pasar calor. No valgo tanto para vestir así y pasar calor, ni siquiera en este tiempo.

VOZ DEL INTERFONO.- Atrásalo si quieres.

MARCELO BUEY.- Tengo algo para ti. Si lo quieres, lo tomas, si no, no pasa nada, no hay compromiso, no nos conocemos.

EL DEL TELÉFONO.- Si alguna vez entraban para llamar por teléfono, no conseguía entender nada de lo que decían. Había demasiado ruido. El lugar se llenaba y se vaciaba de gente que no hacía nada. Excepto ruido. Se comportaban como marranos. Incluso llegaron a cagarse dentro de las duchas. Pero eso a mí no me importaba porque yo no tenía que limpiar. En caso contrario, me hubiese molestado.

(EL QUE ESCUCHA tose y se mueve pesadamente.)

MARCELO BUEY.- Vete. Te vas y no te digo nada. Pero tú te lo pierdes. Hoy he tenido suerte. Aún era de noche, o sea que, tal vez no era hoy, ayer, no importa. ¿Qué te crees? Tengo techo, duermo. No hablo por hablar si es que no tengo alguna pregunta o cosas que importan. Con mi mujer me ocurría lo mismo. Siempre que... (EL QUE ESCUCHA se palpa un hombro y se diría que muge, con dolorido cansancio y poca voz) ¿Sí? ¿Me dejas explicarme? ¿Puedo acabar de hablar? Gracias. ¿Lo ves? Yo soy agradecido si se respeta, si se guardan los turnos. No salgo a meterme con nadie. Nadie chulea a nadie. Nadie se enfada. Nadie tiene por qué pedir excusas. Te ofrezco algo, nada más. Te he visto llegar, te he observado y no he dicho nada, pero he pensado que tal como tú eres, tal como pareces, podría serte útil.

(Pausa. EL QUE ESCUCHA se apoya trabajosamente en la pared)

MARCELO BUEY.- Útil. He dicho útil, nada más.

(Pausa.)

MARCELO BUEY.- No busquemos problemas. Estás inquieto. Llevas traje.

EL DEL TELÉFONO.- Mis funciones se limitaban a sonreír y a decir buenas tardes. Excepto por las noches. Entonces no tenía que sonreír. Estaba demasiado cansado y eso hubiera significado un acto de hipocresía por mi parte.

MARCELO BUEY.- Yo tengo un maletín. No es mío, no lo uso. He conocido a gente que usaba maletín. En los bares, en las librerías. Es nuevo, me lo regalaron. No tengo ninguna necesidad de tener un maletín en casa, esperándome y casi pidiéndome cuentas de a la hora que llego, estorbándome y haciéndome tropezar a cada paso. La piel es lo primero que se huele. He terminado con algún que otro inconveniente de ese tipo. Tú,

en cambio, sí, lo necesitarías, seguro. Me pagas algo y lo vamos a buscar. Está cerca, casi en esta misma calle, más allá.

(EL QUE ESCUCHA a duras penas se sostiene en pie. Pausa.)

MARCELO BUEY.- ¿No puedes? Seguro que sí, seguro que lo necesitas. Los hombres como tú necesitan dos, tres maletines. Pero no insisto, no tengo ninguna necesidad de venderte nada. Acaso me darías dinero a cambio de nada. A cambio de que te lo pida, como respuesta.

(Pausa. Se oye al del teléfono.)

EL DEL TELÉFONO.- Si uno no tiene ganas de sonreír, lo peor que puede hacer es hacerlo. Ni siquiera intentarlo. La casa se te pone... Tu cara adquiere un gesto, tu cara adopta un gesto repulsivo. ¿Y para qué? A los cinco minutos ya se volvían a marchar y tú te quedabas allí con esa mueca estúpida. Detesto a la gente que sonríe sin consideración, sin amor propio.

MARCELO BUEY.- ¿Prefieres que me calle? ¿Me voy? ¿Qué es exactamente lo que buscas?

---

VOCES DEL INTERFONO.-

**Voz de hombre.-** Páralo mujer, déjamelos ahí encima.

**Voz de mujer.-** Sí, pero no te olvides otra vez.

**(Silencio.)**

**Voz de mujer.-** ¿Cuándo piensas hacerlo?

**Voz de hombre.-** Mañana, a primera hora, cuando vuelva.

**Voz de mujer.-** las cosas se hacen a sangre caliente o ya no se hacen

**Voz de hombre.-** Hay que joderse, vaya cruz.

**Voz de mujer.-** Ni cruz ni escapulario. Todo lo resolvemos igual.

**Voz de hombre.-** ¿Quieres callarte?

**Voz de mujer.-** No me da la gana. Lo que tendrías que hacer es arreglarlo de una vez y luego... ducharte. A ver si te espabilas un poco.

**Voz de hombre.-** Pero ahora por qué me tengo que duchar?

**Voz de mujer.-** Hijo, es que parece que le temas al agua. Mira cómo tienes esto de las axilas, que parece que hayas estado descargando en...

**Voz de hombre.-** Vale, ahora lo arreglo, pero cállate.

(Por la callecita que se aleja se ve cruzar a DOS MUJERES QUE JUEGAN A SER MUDAS, MARTA Y TERESA, que se hablan con gestos y emitiendo sonidos no articulados.) –ANEXO II-

MARCELO BUEY.- Yo me intereso por la gente. Hace poco detuve un autobús que venía deprisa. Dos chicas se habían caído de una moto. El suelo estaba mojado, había llovido. No se hicieron daño. Golpes. Una se rompió un codo, lo máximo. Se las hubiera comido si no llego a pararlo. Y me lo agradecieron. Una habló conmigo, me contó cosas. Que bailaba flamenco y que estudiaba biología. Les ayudé a recoger sus papeles, sus libros. Las curaron. La otra no me dijo nada. Me hubiera gustado hablarle. De sus piernas, de sus ojos, aunque no me importaran, de su cuerpo desnudo. Hace meses. Pasó en la puerta de un colegio porque sonó un timbre y salieron niñas. Me miraron delicadamente, como quien mira un animal y desea su bestialidad y que le muerda para poder contarlo. Por un momento creí que iban a aplaudirme, que una de ellas iba a acercarse para ofrecerme que compartiera su bocadillo tan bien envuelto, una chocolatina. Pero sonó otro timbre. ¿Tienes idea de por qué son tan cortos los recreos? (Pausa.) ¿A usted no le gustan? Las niñas, las mujeres... (EL QUE ESCUCHA se derrumba. Silencio.) Ni siquiera hace falta que entremos en detalles. (Pausa.) Lo que no entiendo es lo que haces exactamente ahí parado. Escúchame, conozco sitios donde

podría llevarte. ¿Serías capaz de degollar un animal? Un cordero. Hay hombres que no saben, que nunca lo han hecho y se conforman con comerlo. Tal vez sea hoy, un día... ese día en que se celebran fiestas, se degolla un cordero, o más, si se tiene dinero. Se ríe, se fuma. Podríamos ir a un sitio donde se hace, se celebra, se mata un cordero y todos son hombres. Pero no estoy seguro de que sea hoy, nunca llevo las cuentas, y además tal vez no te gustara. Nadie habla tu lengua...

(Aparecen DOS MUJERES QUE RÍEN. Quizá son las presuntas mudas de antes, Marta y Teresa. Se fijan en el hombre y Teresa comienza a armar jaleo: repite palabras sueltas que el otro dice, sílabas... Marta intenta disuadirle y ésta le besa en la mejilla y sale. Marta se va medio ocultando en la oscuridad. MARCELO BUEY no deja de hablar. Por encima también se ha oído a EL DEL TELÉFONO, que casi gritaba: “Ni en Caracas, sí, sí, si... Ni en Caracas.”)

...Ni la mía. Nadie habla ninguna lengua que nos suene. Es difícil. A mí a veces me pasa. No sé ni lo que digo ni lo que me dicen. Las palabras me vencen y tengo que callarme. Me confundo y entonces me pierdo. No sé lo que me han dicho, qué debo contestar. Me callo, tengo miedo, debo hablar quedarme quieto. No puedo irme por no hacer un desaire.

Pero sé dónde vivo, mi casa está vacía, he tenido coche: un Renault 12, un Renault 18, un Renault 11... y alguno del que ni siquiera sabía ni la marca. Pero me servían y entonces viajaba, visitaba gente. (Por el del teléfono.) Si ese terminara, podría llamar, gastar mil pesetas o más y preguntar, preguntarle a mi... madre que como se hace un plato y cocinarte. Comer los dos. ¿Te apetece? Cruzar un par de calles, algún patio y es aquí mismo, yo te invito. (Pausa.) ¿O nos vamos al cine?



## VOCES INTERFONO:

**Voz de mujer.-** Pero es que tú no sabes cómo baila la caimana.

**Voz de hombre.-** Sí que lo sé.

**Voz de mujer.-** No puedes imaginarte cómo se meneaba.

**Voz de hombre.-** ¿Cómo?

**Voz de mujer.-** Claro, como las demás no sabemos bailar...

**Voz de hombre.- (Canta):**

“Una gitana morena/ nasía en el Albahisín/  
De ojos grandes y con ojeras/ Del monte la vi venir”

**Voz de mujer:** ¡Anda!

**Voz de hombre.- (Sigue cantando):**

“Le dije dónde vas prima/ y no me quiso escuchar/  
Siguió el camino pa’ lante/ sin volver la vista pa’ tras”

**Voz de mujer.-** Ese es mi niño.

**Voz de hombre.-** Ves como sí que sabes. Qué coño vas a decirme de la caimana ni...  
Bah...

**(Ella se ríe.)**

## EL DEL TELÉFONO

Algunos organizaban filas para todo. Para llamar por teléfono... y para todo. Lloraban mucho. En mi vida he visto una gente que llorase más. Eso me irritaba. A veces les hubiera dicho: “señor, váyase a la mierda”. O... “señora, No sea estúpida, ¿por qué llora?” Para animarles. En el fondo lo lamentaba. Siempre resulta lamentable que alguien haga sus necesidades delante de uno.

**MARCELO BUEY.-** No lo digo por nada.

**EL DEL TELÉFONO:** Tendrías que hacer tratos para tratar de Gaspar. Ya sé que no se comportaron... ¿Me oyes? Trata de Gaspar. Ya sé que no se comportaron cuando estuvo en... ¿Me oyes? Háblales de Gaspar. Ya sé que no se comportaron... bah, ni en Caracas. Ya sé. Todos corrían por los pasillos y se reían como locos, pero él es así, no crees.

MARCELO BUEY.- Si me interpretas mal...

EL DEL TELÉFONO.- Estoy cansado. Dormí poco y lo noto. La resaca me escuece.

Pero eso es el tabaco. Si no hubiera fumado tanto, al menos la garganta estaría tranquila y no... Debo hacer algo para no dormirme.

MARCELO BUEY.- Si me interpretas mal...

(EL QUE ESCUCHA se arrastra pesadamente, levanta una mano pidiendo ayuda.

Pausa.)

MARCELO BUEY.- Bromeaba. Sólo quería saber de qué pie calzas. (Pausa.) ¿Sabes el chiste de la mujer que pierde la memoria? Es una mujer que pierde la memoria y un día, en su casa, en medio de un pasillo se desorienta. Es una casa grande y en el pasillo hay muchas puertas y, claro, no sabe para dónde tirar. Abre una puerta y, por suerte, por lo menos, encuentra un lavabo. Entra y se lava la cara y se mira en el espejo. Entonces suena el teléfono y sale corriendo del wáter y guiándose por el ruido del teléfono está a punto de llegar a una habitación, al fondo del pasillo, pero suena el timbre de la puerta. "¿Qué hacer?", piensa. Pero claro, "mejor abrir la puerta y así, al menos, salir y preguntarle a alguien, porque seguro que debe de ser alguien conocido", ¿no? Entonces se dirige hacia donde suena el timbre de la puerta, pero se da cuenta de que tiene los pies mojados. (Se oye unos acordes de piano. MARCELO BUEY no deja de hablar.) Se ha dejado el grifo del lavabo abierto y con el tapón puesto. Se va para el lavabo, pero desafortunadamente, un golpe de aire le cierra la puerta y se queda atrancada. Se ha vuelto,

(Mientras explica el chiste, la a quedar en el pasillo y encima el  
presencia de la mujer que aguarda, timbre, el timbre de la puerta deja de sonar. La

tal vez para llamar por teléfono, casa se está inundando y, para colmo, de otra  
se hace notable e incómoda para habitación sale corriendo un perro de color de  
MARCELO BUEY. ) fuego. "Mierda", ni siquiera recordaba que  
tuviera... "can", pero claro, el perro trae cara de contento, así como de que se alegra de  
verla. Por lo tanto, debe de ser suyo, está claro, así que... (Pausa.) ¿Qué pasa? Es un  
chiste largo pero... Oye, si ya lo sabías, me lo podías haber dicho, ¿no? (Pausa.)  
¿Podrías...? ¿Podría hacer el favor de contestarme? (Pausa.) Contestar. (Pausa.)  
Atender. (Pausa.) Salir de... (Pausa.) ¿Lo notas? Ahora mismo, bajo los pies, los  
trenes... los tenes... los trenes bajo tierra. ¿Lo ves? A galope tendido en su cueva de  
bisonte... en su rail... riguroso. Rigurosos. Ri- gu -ro... (Pausa.) Ri- . (Pausa.)

(Se produce un encuentro entre la mujer y MARCELO BUEY. Se observan.

DENSO SILENCIO. Ella sale. Pausa. )

No tiene explicación. Sales de un bar y has bebido, has bebido, pero tienes más sed,  
sigues teniendo siempre más sed, siempre más sed, como un buey... como un buey que  
mastica su propia polvareda, con las encías como acuchilladas, porque tienes sed. Te  
detienes, hablas, llegas a casa y tu mujer, aunque es preciosa, te regaña. Tu mujer es  
preciosa y te regaña. Te zumban los oídos, te duele hasta el aliento. "Cállate", piensas,  
"Cállate, cállate.." ¿La matas? ¿La matas? No es necesario. Le das de patadas, la  
golpeas, porque no le importa, ya sabe que es tu forma de decir las cosas y que, cuando  
se calme, cuando nos calmemos, dormirá contigo. Eres su hombre. SU hombre. Te  
comprende. ¿Por qué ibas a madrugar al día siguiente? ¿Por qué ibas a venir temprano?  
¿A cenar? Te morirás mañana o te quedarás inmóvil, herido como un imbécil,  
encarcelado en una silla, encarcelado. Y cuando te quieres dar cuenta ya se ha ido.

¿Adónde? ¿Adónde? Ahí está, ahí, ahí está. Mierda de hombres que la siguen. Mierda de hombres que se andan por las calles, siguiéndola, nombrándola, hablándole. Y cómo llueve, mierda de los hombres. ¿Puedes imaginarte cómo está lloviendo? Se moja intencionadamente y sale sin paraguas porque en verano los vestidos siempre son muy finos y ella lleva intencionadamente esos vestidos finos. El agua ya nos llega a los tobillos, como a la del chiste, y aparecen bomberos, camiones de bomberos alarmados que se persiguen entre ellos con la sirena en lo alto. Quizás les pasa como en ese cuento en que las casa flotan y alguien les avisa porque el Palacio de Gobernación baja flotando por la calle de Correos con los alcaldes dentro, ¿no es sabroso? Pero tampoco llueve tanto, ni es que... (Pausa.) ¿Tú me contratarías? En tu empresa. Yo te contrataría. Y tú, a mí, ¿me con... (Pausa.) ¿Tra? (Pausa.) ¿Me con-? (Pausa.) ¿Me? (Pausa.) Sé trabajar. No sé a qué te dedicas, pero sé, aunque se trate de algo que incluya maletines. (Silencio.) Aunque ese mismo día, tampoco llueve tanto. Hay gente por la calle, que pasea: un vendedor de alfombras que contiene un estornudo. Y se sienta en un bar, una terraza, ella, por la mañana. ¿Qué te parece? Y luego te regaña, pero ella se sienta en un bar y, al lado, un hombre, un hombre en otra mesa que come caracoles. Comiendo caracoles. Obsceno. Comiendo caracoles, sorbiéndoles la entraña, a un animal con cuernos. Pero seguro que no sería capaz de degollar, ni siquiera un cordero, ni de escaldarlo y arrancarle el pelo. Pero no le ha hecho caso, por lo menos no se fija en ella, aunque ella pide bebidas sin alcohol y de colores estridentes y viste su vestido fino y encima va mojada por la lluvia. ¿Me hago pasar por camarero? Me bastaría una chaqueta blanca y, aún así, aunque yo le cantase la lista interminable de raciones, me reconocería y sería capaz de responderme que no quiere nada, que cuánto me debe, que cuánto me debe, ¿te imaginas? Nada. "Ojalá que te invite la casa", pienso, y no intervengo, no hablo, debo quedarme quieto, no puedo irme por no... debo

quedarme quieto. Ahí está, ya habrá tiempo de... (Pausa.) ¿La mato? ¿La mato? No merece la pena. La dejo. No intervengo. Me abstengo de todo, ni siquiera voy a darle su merecido, nada. Me abstengo de todo menos de mirar, de observarla. La miro como quien mira un animal y desea su bestialidad y que me muerda para poder contarlo. (Se oye un timbre. Pausa.) Me distraigo. Dos chicas que pasaban en moto han perdido unos libros. Me giro y ya no está. Se ha ido. Mierda de los hombres... Le ha dejado propina al camarero. ¿Voy? ¿Se la pido? ¿Le digo que las cosas no están para propinas? ¿Dónde está? "¿Dónde está?", pregunto. El de los caracoles no lo sabe, no se entera de nada. Estúpido, ahí, sentado, como un muerto que come. "Lo siento, pero si no desea consumir, haga el favor de abandonar... la sala", me dice el camarero, como si fuera un juez.

(Suenan una campana. Pausa.)

Los campanarios suenan desiguales, ¿te das cuenta? La ciudad está llena de campanas que suenan cuando quieren. Porque nadie las toca. Hay temporizadores, como un lavabo público, como la luz de los lavabos públicos.

(Suenan otra campana más lejana.)

(Se oye al del teléfono, por encima:

**"Cah! Tratá de Gaspar, tratá de**

**Gaspar..."**)

¿Lo ves? No es que tarde en llegar,

no es que el sonido, no es que el

sonido venga de más lejos, es que no

suenan nunca, rara vez suenan a la

misma, aunque sea la hora exacta en que deben sonar.

### EL DEL ELÉFONO:

Papá siempre decía lo mismo: “No se puede dormir tan poco. Luego no vales una mierda”. Pero cuando te vigilan es peor. Intentas mostrar una cara y una voz de despierto y resulta nauseabundo.

(Ha aparecido un hombre que mira hacia arriba, hacia la ventana de un piso alto. Se detiene y llama a media voz.)

EL QUE LLAMA A TERESA.- Teresa... (Pausa.) Teresa... (Pausa.) Teresa...  
(Espera.)

MARCELO BUEY.- (Se inclina sobre EL QUE ESCUCHA)¿Cuándo puedo empezar?  
¿De qué se trata exactamente? No es que me importe demasiado, pero...

EL QUE LLAMA A TERESA.- (Con fuerza.) ¡Teresa...!

(MARCELO BUEY le mira. Pausa. EL QUE LLAMA A TERESA le devuelve la mirada y luego se aleja, pero no desaparece.)

### VOCES INTERFONO

**Voz de mujer.-** Me voy.

**Voz de hombre.-** ¿Adónde vas a ir? Como no te metas en un convento...

**Voz de mujer.-** Adiós.

**Voz de hombre.-** Escucha mujer. Cuando te pones así...

**Voz de mujer.-** Adiós.

**Voz de hombre.-** Oye, estáte quieta. El que se va soy yo.

**Voz de mujer.-** Tú verás.

**Voz de hombre.- (Canta):** Y si me voy pa’ la Habana...

**Voz de mujer.-** Tú verás.

**Voz de hombre.- (Canta):** me llevo a mi prieta...

**Voz de mujer.-** Tú verás.

**(Se oye un mueble que se desploma)**

**Voz de hombre.-** Quieres estarte quieta...

**(Estruendo de cacharros y de cristales que se rompen.)**

**Voz de hombre.-** Estás loca.

**Voz de mujer.-** Anda, lárgate, fuera.

**Voz de hombre.-** Pero...

**Voz de mujer.-** A la calle he dicho.

**Voz de un viejo.-** Queréis hablar como las personas. No oigo nada.

**Voz de mujer.-** Usted cálese, padre. No se meta.

**Voz de hombre.-** Adiós.

**Voz de mujer.-** Hasta nunca.

EL DEL TELÉFONO.- Un momento, un momento, esto está pitando.

No, no es aquí.

¿Qué son esos timbridos?

Abran la puerta. Sí, espero.

**(Silencio.)**

¿Quién era?

Ah, no sé quién es.

Van a comer. ¿Qué van a comer? (...) Rico (...) Rico (...)

No sé. Un publicitario decía: "Sus cañadas y su historia le esperan. Cuenca existe".

¿Crees que será cierto? (...) No, no decía nada de la gastronomía. (...)

Lo cierto es que entonces me comporté como un huevón. Con la cantidad de mujeres que pasaban por allá, fui incapaz de... ni siquiera de invitar a alguna a tomar un café.

Hubo una que pretendió engatusarme. El problema es que era alcohólica. Tal vez

también yo lo sea un poco, por eso no quise caer en la tentación.

(Continúa ANEXO I hasta terminar-a media voz, por debajo de Marcelo Buey)

MARCELO BUEY.- No traigo encima nada con que... no tengo referencias ahora

mismo, papeles que... En la habitación hay... En la... están. En... Esta mañana, al entrar

he encontrado la mesa preparada, puesta. No estaba. La he llamado y ha sido casi una

burla. Me chistaban. Hablaba y... me hacían callar. Me hacían callar. Maquinalmente,

con insistencia. No hables, no hables. "En el fuego, la olla a presión. Apagar sobre las

dos." ¿Por qué me dejas un papel escrito con tu voz? Te lo he dicho cientos de veces.

Con estupideces y órdenes, estupideces sobre ollas y sobre vegetales. ¿Por qué no me dejas tu voz sobre la cama? Dime: "Sobre las tres, abrázame. Mañana te daré camisas limpias." No te entiendo. Ahí está la comida, sobre la mesa, fría, azafranada. ¿Y tú? (Ha aparecido un vendedor de alfombras que estornuda sin cesar.) ¿Te gustan más los hombres que comen caracoles? Debería matarte, si estuvieras. Sabes exactamente a las horas que vengo. No me preparo nada. No calculo mi tiempo. No calculo los minutos exactos en que voy a entrar y tú, en cambio, lo sabes, los calculas. ¿Qué eres? ¿Una bruja? ¿Tengo que sorprenderme yo a mí mismo para encontrarte en casa? Péndulo. No te veo, pero me haces la comida. Cambias los platos si no como. Basta con que salga para volver y encontrarme la cena, diferente, otros platos, como si fuera un restaurante. A cada turno me variás los menús. ¿Te das cuenta de que cada vez detesto más comer? ¿De que sirve que... (Pausa.) Antes de ayer dije: "no creo que coma. Hace calor." Y debiste entender: "cambia las toallas". De hecho, las cambiaste. Las toallas, la bombilla fundida del pasillo... Comí poco. El comedor te quita el apetito, demasiados muebles. Los dos relojes tampoco están exactamente nunca a la misma hora, aunque me entretenga. Los sofás, las sillas contra la pared, cuadros, ventanas abiertas... Casi se deben dibujar los pasos en el suelo para poder llegar a sentarse a la mesa. Y las cortinas quietas, nada de aire. ¿Te empeñas en que lea aún otra nota? "Hay café hecho." (Pausa.) La cosa no está clara, ¿sabes? Después del bar donde deja propinas, la he visto en una tienda antigua de tejidos, con otra mujer, tomándose medidas. No está mal. "Largo, cadera, hombro. "Se parece a ella. Pero no tiene hermanas, eh, ella no... tiene... hermanas. Y digo: "¿es que se ha buscado novia? ¿O quiere confundirme? Fíjate que tengo la bondad y la paciencia de salir a reírme de...

EL QUE LLAMA A TERESA.- Teresa... (Pausa.) Teresa... (Pausa.)



(EL DE TERESA reconoce al de las alfombras tras un estornudo y se le acerca, pero permanecen a cierta distancia. Le interpela. Discuten como roncos grajos, con agresiva simpatía y poca voz + ANEXO II.)

**(El de las alfombras estornuda)**

**El que llama a Teresa.-** ¿Aún estás igual?

**El de las alfombras.-** Mira, con esta te van dos pequeñas.

**El que llama a Teresa.-** ¿Iguales?

**El de las alfombras.-** Hombre, si no quieres, no.

**El que llama a Teresa.-** No sé, como tiene unos gustos tan especiales.

**El de las alfombras.-** Venga, hombre...

**El que llama a Teresa.-** ¿Qué?

**El de las alfombras.-** No, nada. **(Le muestra las alfombras)** ¿Qué te parece? Las tres y lo que quieras pagar.

**El que llama a Teresa.-** Tú no la has visto salir, ¿no?

**El de las alfombras.-** Acabo de llegar. **(Estornuda.)** Catorce.

**El que llama a Teresa.-** ¿Catorce?

**El de las alfombras.-** Estás obsesionado. No puedes dejarte la salud por una... **(Estornuda.)**

**El que llama a Teresa.-** Te doy seis y andando.

**El de las alfombras.- (Hacia la ventana.)** ¿Teresa?

**El que llama a Teresa.-** Pero no has dicho que...

**El de las alfombras.-** No sé, me ha parecido ver que se asomaba.

**El que llama a Teresa.-** ¿Sí?

**El de las alfombras.-** Lo dejamos en once y santas pascuas.

**El que llama a Teresa.-** ¡Teresa!

**(EL DE LAS ALFOMBRAS carga a EL QUE LLAMA A TERESA con las alfombras.)**

**El de las alfombras.-** Ya me lo pagarás, no te preocupes.

**El que llama a Teresa.-** ¿Dónde la has visto?

**El de las alfombras.-** Ahí. **(Estornuda.)** Hasta luego.

**El que llama a Teresa.-** Pero ¿qué haces?

**El de las alfombras.-** Luego lo arreglamos. Adiós.

**(EL DE LAS ALFOMBRAS sale y EL DE TERESA se queda cargado con tres de ellas.)**

MARCELO BUEY (Al del teléfono):

Silencio, dices, silencio. La comida es la misma. No cambias las toallas. Llevas las encías del buey, los pasos del fango. Dibujas las pisadas hasta poder sentarte. Suena otro timbre y dudas entre el teléfono y la puerta. La otra mujer lleva un vestido fino, se sienta como ella. También. Pide bebidas de colores estridentes. También deja propinas y otra vez piensas: "me bastaría una chaqueta blanca". Desde lejos, quieto. Otra vez, otra vez. La recoges del suelo. Los libros, los papeles. Dices: "sobre las dos, sobre las tres." Cállate, piensas, cállate.

(EL DEL TELÉFONO ha colgado. Se miran. Sale.)

Pienso... Aquí mismo... un poco más allá... un par de calles... algún patio... algún...

Ahora, aquí mismo. Te pregunto. Te muestro los dientes. Hablo, pero ya...

(Todo se detiene. EL DE LAS ALFOMBRAS y EL DE TERESA han desaparecido. MARCELO BUEY se ha quedado solo un mínimo instante, en silencio. Solo, con EL QUE ESCUCHA , que ha terminado ya con su número del infarto de miocardio y ha quedado tendido, apoyado en la sombra, con los ojos abiertos. Casi imperceptiblemente, una de las dos mujeres de antes, la que aguardaba y le miraba en el denso silencio, MARTA, ha entrado y se ha sentado en una mesa del bar. Permanecen en silencio largo rato. MARCELO BUEY se fija en ella. Ella viste un vestido de verano, de los que se mojan con la lluvia. Hombros y brazos desnudos. Tobillos también desnudos. Sed. Expresión de ojos enorme. Se oye llover. Quietud. Oscuridad.)

## II

### Algarabía de la tarde

(Plaza de la Bullanga. El bar se llena con la algarabía de la última hora de la tarde: bullicio de gentes y distorsión de transistores de onda media. La SRA. MARÍA pasea y murmura una retahíla de sermones. Lleva una serie de cupones de lotería colgados con una pinza del jersey. La gorda RAFAELITA, en su ventana, en lo alto, tararea una tonadilla y tiende ropa. En una mesa hay TRES HOMBRES ENTRAJADOS: uno MENUDO, otro ALTO y otro CORPULENTO. Los tres beben de vasos largos y golpean el mármol jugando al dominó. DOS AZAFATAS toman té, sonrían y comentan. EL DE LAS ALFOMBRAS sorbe un café con leche y, a veces, estornuda. EL DEL TELÉFONO engulle caracoles con avidez. EL DEL INFARTO yace tendido con los ojos abiertos, sin molestar apenas. MARTA permanece sola, sentada en su mesa, cerca del comedor de caracoles. Fuma. EL CAMARERO entra con su chaqueta blanca remendada y le sirve una copa de un vermut estridente. Luego le sirve un chato de tinto a EL DEL TELÉFONO.)

EL DEL TELÉFONO (Al camarero).- El señor Miguel sí que es bueno: humilde, amable, cariñoso y gran metre.

EL HOMBRE MENUDO.- La culpa es de los moros, qué cabrones.

EL HOMBRE CORPULENTO.- Qué oscuros que son.

EL HOMBRE ALTO.- Mis documentos y mi maletín.

EL HOMBRE CORPULENTO.- Quitan trabajo.

EL CAMARERO (Marchándose).- A la Tabacalera.

(Se oye ladrar a un perro.)

EL HOMBRE MENUDO.- Fueron ellos, seguro. Para gastárselo en cordero..

EL HOMBRE CORPULENTO.- Y en putas.

(EL QUE HABLA está junto al teléfono, sentado en el suelo, como un vigilante silencioso. Un

hombre viejo cruza con una carretilla.)

LA SEÑORA MARÍA.- Los jueves y los sábados.

EL DEL TELÉFONO (A los tres hombres entrajados).- Ustedes no viajaron nunca sin pasaje.

EL HOMBRE ALTO.- Los planos...

EL HOMBRE MENUDO (Por EL DEL TELÉFONO).- O algún psicólogo de estos... sin consulta.

EL HOMBRE CORPULENTO (Golpeando con una ficha).- Cerrado.

EL DEL TELÉFONO.- Desterrado. ¿Qué coño sin consulta?

(Cruza de nuevo EL DE LA CARRETILLA.)

EL HOMBRE MENUDO (Al HOMBRE ALTO).- Los pitos otra vez. Tú mueves .

EL DE LA CARRETILLA. (A los tres hombres).- Maricas...

LA SEÑORA MARÍA.- Bujarrones... (Se ríe.)

(EL HOMBRE ALTO cuenta, apunta, vuelca las fichas y las mueve.)

UNA AZAFATA.- Se hace tarde.

OTRA AZAFATA.- Es tarde.

EL HOMBRE ALTO.- Vaya mierda de tarde.

(RAFAELITA ha desaparecido de su ventana y llega EL QUE LLAMA A TERESA.)

EL DE TERESA (A la ventana).- Teresa...

EL HOMBRE MENUDO (Al ALTO).- Qué más da. Va todo abajo. No te preocupes por los planos.

(Por el portal de la casa de vecinos sale RAFAELITA.)

EL DE TERESA.- ¿Está Teresa?

RAFAELITA.- No.

(Cruza cerca del bar.)

RAFAELITA (Sin detenerse).- Vamos, Martita, reina.

(Sale.)

EL DE TERESA.- Teresa...

(EL DE LAS ALFOMBRAS estornuda.)

UNA AZAFATA.- ¿Alergia?

EL DE LAS ALFOMBRAS.- Humo.

(MARTA se levanta y deja monedas sobre la mesa sin esperar el cambio. EL QUE HABLA se pone en pie. MARTA sale por donde RAFAELITA. Pausa. EL QUE HABLA espera un momento y sale por donde ellas.)

EL DE LAS ALFOMBRAS.- La va a matar. (Estornuda.)

EL HOMBRE CORPULENTO.- ¿A quién?

LA SEÑORA MARÍA.- ¿Cómo la va a matar?

LA OTRA AZAFATA (Al de las alfombras).- ¿Humo?

EL DE LAS ALFOMBRAS.- Alergia.

EL DEL TELÉFONO.- Sí, eso dijo él.

EL DE LAS ALFOMBRAS.- ¿Verdad?

EL DEL TELÉFONO.- La matará.

EL HOMBRE CORPULENTO.- ¿A quién?

EL HOMBRE ALTO.- Mi maletín, los planos...

EL DE TERESA.- Teresa...

LA SEÑORA MARÍA.- ¿Cómo la va a matar?

EL DE LA CARRETILLA (Cruzando).- Bujarrones...

LA SEÑORA MARÍA.- Maricas... (Se ríe.)

UNA AZAFATA.- Se hace tarde.

OTRA AZAFATA.- Es tarde.

EL HOMBRE ALTO.- Vaya mierda de tarde.

(EL DE TERESA se marcha y, sólo entonces, TERESA se asoma a su ventana.)

TERESA (De cara al público).- Qué pesado que es. Siempre lo mismo. Cuando estuve en el norte, en las ciudades, nadie me llamó nunca por mi nombre. Ni me hablaron nunca. Tampoco comprendían mi idioma, pero... ellos qué iban a saber. Todo el mundo

era siempre puntual, los barrenderos se aburrían de no limpiar nada y bajo la tierra, bajo el asfalto, había corredores con calefacción. Hacía tanto frío que, a excepción de las brigadas de limpieza, casi nadie transitaba por las calles. Todo el mundo andaba por debajo de las calles, con termos de café con leche y disciplina, en fila india, en orden. Donde sí había gente por las calles fue en el sur, en las ciudades. Y todos te miraban a los ojos y te sonreían y te decían cosas y querían llevarte a la cama en diez segundos. Pero tampoco querían aprender tu nombre. Éste sabe mi nombre. Qué pesado que es. Éste sabe mi nombre.

(TERESA da un suspiro y cierra los porticones de la ventana metiéndose en la casa.

Todo se detiene. Oscuridad.)



### III

#### MARTA

(Habitación oscura. Luz tenue. Los muebles se intuyen sin distinguirse, como bultos de sombra. Punto de vista del espectador: a la derecha, una mesa preparada para un comensal. Sobre la mesa, cuartillas de papel escritas. A la izquierda, sentada en una silla, MARTA. Permanece en silencio e inmóvil largo rato. Ojos enormes. De pronto, suena la válvula de una olla a presión que comienza a girar soltando su vapor, cada vez más a prisa.)

MARTA (Sin moverse).- Después de todo, no llegas a la hora. La comida se enfría. Otra vez. Siempre como lo mismo, dices, la comida es la misma. Y si no es la misma: a cada turno me varías los menús, dices. Te veo llegar, con las encías del buey, reseca, casi te sangran de tantas palabras. Con los pasos del fango. Dibujas las pisadas hasta poder sentarte.

En el fuego, la olla a presión. Apagar sobre las dos.

Las cortinas quietas. Nada de aire. Cierro las ventanas para evitar la luz. Qué importa ya la hora.

Hay café hecho.

No tengo otro vestido para tanta calor. Llueve. Otra vez. En la tienda de tejidos de...

Resulta divertido entrar y simular que quieres algo. Te toman las medidas. Mi cadera no crece.

Mañana te daré camisas limpias. ¿Quieres cambiarte el pantalón?

Mi cadera es la misma desde siempre. No llegas a la hora. Debo marcharme. Espero un poco más. Después de todo, qué importa ya la hora. Debo volver a trabajar...

Qué importa ya la hora...

Mi cadera no crece, a pesar de los hombres que me...

Qué importa ya... Ninguno de ellos conoce tu nombre.

Ninguno de ellos conoce mi nombre.

Apagar sobre las dos.

Traes las encías del buey, los pasos del fango.

Casi no oigo ni tu voz.

No me respondes y a mí no me importa.

Ninguno de ellos conoce mi nombre. Qué importa ya la hora. Después de todo...

Ninguno de ellos conoce mi nombre.

(El vapor frenético de la válvula va cesando hasta detenerse. Silencio. Oscuridad.)

## IV

### Un vestíbulo frívolo.

(Vestíbulo oscuro. Al fondo, a la derecha, una puerta cubierta por una cortina tupida y opaca, no del todo corrida. Por la obertura se cuelga algo de luz y murmullos de gente festiva y lujuriosa. Delante de la cortina, RAFAELITA, una mujer desgredada y voluminosa. Habla con MARCELO BUEY, a quien reconocemos por la silueta de su espalda. En el lateral izquierdo, una puerta cerrada.)

RAFAELITA.- El chasis está impecable, ya te digo, que no ha salido a pasear más que dos veces, porque se le metió en la sesera de andarse por ahí a dar tumbos con unos que se salían de vez en cuando y la segunda vez se cansó tanto que dijo: "ahí se queda". Se ha quedado colgada como siete años. Sí, quizá haya que darle viento a eso de los tubulares, pero... Le he quitado yo el polvo esta mañana y estaba... se le ha saltado una pizca la pintura, eso sí, de estarse tanto tiempo quieta, supongo, la humedad. Espera, qué me ha dicho. Un... Campanolo, un Campaneo, eso. Dice: "dile que lleva un Campanolo", y por el precio que es... Tres piñones... Tres platos y cinco piñones. Además, para la noche lleva una turbinita y luces de galibo por detrás.

MARCELO BUEY .- ¿De galibo?

RAFAELITA.- Bueno... reflectantes o reflectores. Y retrovisores.

MARCELO BUEY.- Pero el manillar no es...

RAFAELITA.- Enrolladito, sí, como un carnero, pero se puso él mismo unos apéndices para los espejitos y así ya no hay peligro de que se te...

(De detrás de la cortina ha salido una anciana que lleva una serie de cupones de lotería colgados con una pinza del jersey. Camina despacio y con dificultad, con la mirada baja. Se detiene un momento y les mira con un gesto facial de senilidad.)

RAFAELITA (A la anciana).- Bueno...

(Pausa. La anciana retoma su marcha. Sigue cruzando la escena, cabizbaja, hasta que llega a la puerta de la izquierda. Se detiene, mira el tirador. Pausa. Abre la puerta y sale. Portazo. Pausa.)

RAFAELITA.- Pero no te parece un poco tarde ¿O es que venías a por otra cosa?

MARCELO BUEY.- Es que se me ha hecho tarde.

RAFAELITA.- Claro (Pausa.) Espera un momento.

MARCELO BUEY.- No, si...

(RAFAELITA ha desaparecido detrás de la cortina. MARCELO BUEY permanece inmóvil. Silencio. Junto a la puerta del fondo hay una hilera de sillas arrimadas a la pared, medio en penumbra. Se sienta en una de ellas. Silencio. De pronto, un bulto levanta la cortina, como un toro que pasa bajo un capote, y aparece un hombre viejo que empuja una carretilla. Lleva cargado un reloj de pared que, por el cansancio, tal vez él mismo acaba de descolgar. Da un giro sobre sí mismo, abre la puerta y sale. Portazo. Silencio. Flamean las cortinas y cruzan dos mujeres vestidas de la misma forma, como atractivas azafatas de congreso. Ronronean como gatas, reniegan, ríen y salen. No hay portazo esta vez. Silencio. Reaparece RAFAELITA. La siguen tres hombres que fuman sin parar, casi sin aliento para las palabras, que hablan sin detenerse.)

Hombre alto.- Estaba diciendo que la mataría. En plena calle.

Hombre menudo.- ¿Cómo la va a matar?

Hombre corpulento.- La va a matar, la matará.

Hombre menudo.- ¿Pero cómo la va a matar?

(Salen. RAFAELITA les ha abierto la puerta y les ha despedido con tres golpes de cabeza conforme salían. Regresa decidida, como si volviese a dentro.)

MARCELO BUEY.- Me parece mucho.

(Ella no le ve. Mira hacia la penumbra y lo encuentra, pero no lo reconoce.)

RAFAELITA.- ¿Hola?

(Pausa.)

MARCELO BUEY.- Me parece mucho.

(Pausa. Ella mira extrañada, sin saber quién es)

RAFAELITA.- Hola, buenas noches.

MARCELO BUEY.- Me parece...

RAFAELITA.- Le parece mucho, le parece mucho, le parece... Ah, es usted.

MARCELO BUEY.- Me parece mucho. Quiero decir, que considerando eso del desahucio y...

RAFAELITA.- ¿Qué dice?

MARCELO BUEY.- No, que como están ustedes liquidando...

RAFAELITA.- Que estemos liquidando no quiere decir que nos desahucien, son cosas diferentes, y además, precisamente.

MARCELO BUEY.- ¿Precisamente?

RAFAELITA.- ¿Había venido antes alguna otra vez?

MARCELO BUEY.- No sé.

RAFAELITA.- Cómo que... ¿Quiere la bicicleta o no quiere la bicicleta?

ÉL.- Podríamos llegar a un acuerdo.

RAFAELITA.- ¿Qué tipo de acuerdo?

MARCELO BUEY.- Le pago lo que hemos dicho, de acuerdo, me llevo la bicicleta, pero me quedo.

RAFAELITA.- ¿Cómo? ¿Por el mismo precio?

MARCELO BUEY.- Sólo esta noche, aunque tenga que dormir con usted.

RAFAELITA.- Usted es un morbosos. Pero ¿me ha visto bien? ¿Es que no tiene escrúpulos?

MARCELO BUEY.- Yo sólo quiero dormir.

RAFAELITA.- Yo no quiero problemas.

MARCELO BUEY.- Y yo no quiero la bicicleta.

RAFAELITA.- ¿Qué es lo que quiere entonces?

MARCELO BUEY.- Quiero quedarme.

RAFAELITA.- ¿Para qué?

MARCELO BUEY.- Quedarme, sólo quiero quedarme.

RAFAELITA.- Entonces...

(Pausa. RAFAELITA desaparece de nuevo. Pausa. MARCELO BUEY permanece sentado en la oscuridad. De detrás de la cortina se oyen tacones. Desfile de una sola mujer que entra y sale, con diferentes nombres y la misma voz. Se diría que es MARTA: vestida para parecer desnuda.)

MARTA.- (Entra) Susana. (Sale. Vuelve a entrar) Sonia. (Sale. Vuelve a entrar) Simoneta. (Sale. Vuelve a entrar) Silvia. (Sale. Vuelve a entrar) Sofía. (Sale.)

(Reaparece RAFAELITA)

RAFAELITA.- ¿Qué?

MARCELO BUEY.- Me da igual: Simoneta.

RAFAELITA.- Bien. ¿Y la bicicleta?

MARCELO BUEY.- No quiero la bicicleta: Simoneta.

RAFAELITA.- De acuerdo. (Hacia adentro) Simoneta. (A él) Pero primero, págume.

(Pausa. Oscuridad.)

## V

### **La lengua de Marcelo Buey.**

(Plaza de la Bullanga. Noche cerrada. Algarabía de voces. MARCELO BUEY pasa montado en bicicleta, veloz como un rayo. En la oscuridad, conforme se oyen las voces, los ojos de los personajes refulgulan como las pupilas de espejo de los gatos. Parecería que mastican las palabras en sus cuchicheos.)

EL DE LAS ALFOMBRAS .- La ha matado. (Estornuda.)

EL HOMBRE CORPULENTO .- ¿A quién?

LA SEÑORA MARÍA.- ¿Cómo la va a matar?

LA OTRA AZAFATA .- ¿Alergia?

EL DE LAS ALFOMBRAS .- Humo.

VOZ DE MARTA.(Off).- Sobre las dos, abrázame.

EL DEL TELÉFONO .- Sí, eso dijo él.

EL DE LAS ALFOMBRAS.- ¿Verdad?

EL DEL TELÉFONO .- Ya la mató.

VOZ DE MARTA (Off).- No voy a regañarte.

EL HOMBRE CORPULENTO.- ¿A quién?

EL HOMBRE ALTO.- Mi maletín, los planos...

EL DE TERESA.- Teresa...

LA SEÑORA MARÍA.- ¿Cómo la va a matar?

TERESA.- Este sabe mi nombre.

VOZ INTERFONO.- Pero es que tú no sabes cómo baila la caimana.



EL DE LA CARRETILLA.- Bujarrones...

LA SEÑORA MARÍA.- Maricas... (Se ríe.)

UNA AZAFATA.- Se hace tarde.

RAFAELITA.- ¡La bicicleta, la bicicleta!

EL DE TERESA.- Teresa...

OTRA AZAFATA.- Es tarde.

EL HOMBRE ALTO.- Vaya mierda de tarde.

EL DE LAS ALFOMBRAS.- Marcelo, Marcelo Buey. (Estornuda.)

EL HOMBRE CORPULENTO.- ¿Quién?

RAFAELITA.- Vamos, Martita, reina...

VOZ DE MARTA (Off).- Qué importa ya la hora.

SEÑORA MARÍA.- Qué importa ya... (Se ríe.)

TERESA (En un largo suspiro).- Ay...

MARCELO BUEY (Se cae de la bicicleta y habla desde el suelo):

Andadas las últimas cuarenta... andadas las últimas cuarenta tardes... se me hiela el aliento, a pesar del calor asfixiante. Las palabras me vencen y tengo que callarme. Sólo debo contar que... Por lo menos ya no la tengo encima diciéndome que el conejo se enfría en seguida y que no valdrá nada. Puedo esperarla en casa, sentarme y esperarla y sé que ya no piensa volver. Que ya no piensa. Sólo conozco seis edificios como para terminar de una vez por todas desde el piso... O esconderme en un túnel y... Mejor esperar, quizás, todavía. Volver, sentarme a la mesa. A saber qué menú habrá preparado hoy. Mejor no decir nada. Arrancarme la lengua. Te estoy viendo. Cómo muestras los dientes sonriéndole a ese hombre que come caracoles.

(Se oye un frenazo.)

Dos chicas se han caído de una moto. Esperando que llueva y se te moje el vestido, con los pezones que rasgan el aire. Casi no oigo ni tu voz. No me respondes y a mí no me importa. Qué más da ya la hora. De pronto veo que... Quizás mejor... Si no hubieras salido de casa NUNCA hubieras salido de casa... Aquí nadie se queja de nada.

Murmuran y rechistan que no puede ser, pero luego nada. A la hora de la verdad, nada. Se conforma con los que les digan. “Si ha de ser así...” -dicen. En todas partes. Toda la ciudad. No voy a disculparme por hacer lo que debía haber... ¿De qué sirve hablar más? Lo hecho hecho está. Marta no ha de ser ya de nadie más. Marta ya no ha de ser... ya... Marta...

(En un arrebato, saca una navaja. Luego saca la lengua y se la sujeta con dos dedos. Pone el filo de la navaja sobre su lengua y gira la cabeza para que no podamos ver cómo se la arranca con un corte afilado. Todos se arrojan sobre él y se lo llevan arrastrándolo por los pies. En la ventana, aparece Teresa, da un suspiro y cierra los porticones de la ventana metiéndose en la casa.)

OSCURIDAD.

## ANEXO I

### COSAS QUE EL DEL TELÉFONO DICE QUE LE OCURRIERON

Cuando trabajé allá pensé que moriría de aburrimiento. No había nada en qué pensar. Las mujeres cruzaban por delante de mi ventana. Imposible decirles nada. Si alguna vez entraban para llamar por teléfono, no conseguía entender nada de lo que decían. Había demasiado ruido. El lugar se llenaba y se vaciaba de gente que no hacía nada. Excepto ruido. Se comportaban como marranos. Incluso llegaron a cagarse dentro de las duchas. Pero eso a mí no me importaba porque yo no tenía que limpiar. En caso contrario, me hubiese molestado. Mis funciones se limitaban a sonreír y a decir buenas tardes. Excepto por las noches. Entonces no tenía que sonreír. Estaba demasiado cansado y eso hubiera significado un acto de hipocresía por mi parte. Si uno no tiene ganas de sonreír, lo peor que puede hacer es hacerlo. Ni siquiera intentarlo. La casa se te pone... Tu cara adquiere un gesto, tu cara adopta un gesto repulsivo. ¿Y para qué? A los cinco minutos ya se volvían a marchar y tú te quedabas allí con esa mueca estúpida. Detesto a la gente que sonríe sin consideración, sin amor propio. Algunos organizaban filas para todo. Para llamar por teléfono... y para todo. Lloraban mucho. En mi vida he visto una gente que llorase más. Eso me irritaba. A veces les hubiera dicho: “señor, váyase a la mierda”. O... “señora, No sea estúpida, ¿por qué llora?” Para animarles. En el fondo lo lamentaba. Siempre resulta lamentable que alguien haga sus necesidades delante de uno. Uno de los hombres gordos... Había bastantes hombres gordos. Uno de ellos era muy tembloroso. Le temblaban las manos como si hubiese trabajado toda su vida con taladradoras. Con taladros o como se diga. Pero a ese cómo iba a decirle que procurase no temblar. Además, como hacía calor, se paseaba medio desnudo y colorado como un pimiento. Pero tampoco se puede... Qué más da. Había... Una chica vestía falda azul eléctrico uy camisa blanca. Qué antigua. No estaba mal. Pero ¿cuál es la que está mal? Todas tienen su... Ensordecedor. Un ruido ensordecedor. Tendrías que hacer tratos para tratar de Gaspar. Ya sé que no se comportaron... ¿Me oyes? Trata de Gaspar. Ya sé que no se comportaron cuando estuvo en... ¿Me oyes? Trata de Gaspar. Ya sé que no se comportaron... bah, ni en Caracas. Ya sé. Todos corrían por los pasillos y se reían como locos, pero él es así, no crees. Estoy cansado. Dormí poco y lo noto. La resaca me escuece. Pero eso es el tabaco. Si no hubiera fumado tanto, al menos la garganta estaría tranquila y no... Debo hacer algo para no dormirme. He tomado un solo café y necesitaría dos o tres más. Todo el mundo parece tan despierto... Si dejo de hablar caeré dormido. A veces he pensado que entonces cuando estaba allá en el trabajo aquel, podría haber dormido durante los servicios. Pero no. Había que permanecer despierto aunque fuera para no hacer nada. Uno no puede flaquear aunque haya dormido tres horas. Recuerdo a papá. Me regañaba aunque yo tuviera ya treinta y cinco años. Por las mañanas, al mediodía, por la noche, en mitad de la noche. Siempre decía lo mismo: “No se puede dormir tan poco. Luego no vales una mierda”. Pero cuando te vigilan es peor. Intentas mostrar una cara y una voz de despierto y resulta nauseabundo. Es como tratar de sonreír sin ganas. Con el sueño ocurre lo mismo. Comer caramelos, fumar, beber café, escuchar la radio, hablar mucho. Esfuerzos que acaban siendo efectivos, que consiguen despertarte a fuerza de no dejar descansar la mente. Pero la cara y la voz se te ponen como... como flautidos. Flautidos...

Flautidos de flauta de pan resquebrajada. Uno acaba sonando, pero la cabeza sigue pareciendo estar... sigue pareciendo estar llena de pan mojado.

¿Hay alguien ahí?

Un momento, un momento, esto está pitando.

No, no es aquí.

¿Qué son esos timbridos?

Abran la puerta. Sí, espero.

**(Silencio.)**

¿Quién era?

Ah, no sé quién es.

Van a comer. ¿Qué van a comer? (...) Rico (...) Rico (...)

No sé. Un publicitario decía: “Sus cañadas y su historia le esperan. Cuenca existe”.

¿Crees que será cierto? (...) No, no decía nada de la gastronomía. (...)

Lo cierto es que entonces me comporté como un huevón. Con la cantidad de mujeres que pasaban por allá, fui incapaz de... ni siquiera de invitar a alguna a tomar un café. Hubo una que pretendió engatusarme. El problema es que era alcohólica. Tal vez también yo lo sea un poco, por eso no quise caer en la tentación. Podía haber sido terrible. O lo cierto, lo cierto sea que no me terminaba de gustar. Tenía los pechos como desinflados. Aunque sus ojos, supongo que sus ojos estaban... eran... azulados. Me gustaba. Sí, me gustaba. Para charlar. Todo le parecía lógico. (...)

Detestaba decir buenos días y que nadie contestase. ¿Para qué emplear esfuerzos y tiempo en conquistar las... amabilidades? Yo tampoco fui nunca demasiado amable, pero lo intentaba. Esos apáticos, abúlicos, cafres, antipáticos... afónicos crónicos. Porque si no, no se explica. O tal vez fueran sordos. Sordomudos. No, los sordomudos saludan. Y mucho. (...)

Ese imbécil, el hijo del director, me hacía comentarios fastidiosos.

Me decía: “no me extraña que se pongan a reír. Eres sumamente torpe.”

Le hubiese contestado: “¿Por qué no te la machacas en un rincón?”

Es evidente que yo estaba torpe aquella mañana, pero cuando uno se ha agarrado una curda la noche anterior y ha dormido poco, se comporta con torpeza. El trabajo lo hacía igualmente. Más lento, pero lo hacía. O sea, que sus comentarios estaban de más.

Una noche le golpeé con un ladrillo en la nuca. En el espacio que queda detrás, entre las orejas. Estaba oscuro y no me reconoció. Fui por detrás. No había nadie. Pero no murió. Al menos no volví a verlo durante mis últimos días de trabajo. No apareció más por allá. Me marché antes de que él regresara. Lo mejor es que el tipo tenía planeado un largo viaje y se cagó. Cabronazo, con aquellos dientes... Debería haberle golpeado en los dientes en lugar de en la nuca. El imbécil hacía chistes y se reía solo. Se reía como los goznes de una puerta. Idiota. Y meneaba la cabeza de lado a lado cuando hablaba de algo, como si lo suyo siempre fuera más interesante que lo mío. Un niño de papá. A cagar. Todo resuelto. A cagar, hombre.

Pensándolo bien, no estuvo mal del todo meterle la pedrada en el cuello ese de tortuga amaestrada que tenía. Menudo cabrón. Menos mal que casi ya no me acuerdo apenas. Había llegado a soñar con él. Es lo mismo, qué más da.

En una ocasión... un cliente se llamaba Humboldt. Por error escribí Rumboldt y luego, cuando vino y dijo su nombre, no encontrábamos su ficha, claro. La buscábamos en la H y no apareció hasta que caímos en la cuenta. El idiota de los dientes me miró delante de él y chasqueó la lengua con desaprobación. Delante de él. Con la buena relación que tenía yo con Rumboldt. Es más, a él no le importó. Incluso le hizo gracia. Total, por una R.

Cuando se fue Rumboldt, el dentado dijo: “Deberías fijarte más”.

“Me cago en la puta”, pensé. Y mentalmente le dije: “ya me compraré un frasco de laca”.

La esposa de Rumboldt era hermosísima. Aunque él también era un hombre bello. Medía un metro noventa y uno, un cuerpo de nadador. Ella era dulcísima, hablaba poco y sonreía en silencio. Menudos ojos. Mejor debería decir: “enormes ojos”. Y no sonreía por debilidad mental, ella, en absoluto. Sonreía porque le apetecía y porque se sentía feliz. Se llamaba Gwen. Era neerlandesa, aunque yo siempre había creído que Gwen era un nombre galés. No sé porqué. Me sonaba a mermelada de frambuesa, a lana galesa. Se movía como una sirena fuera del agua. No quiero decir que fuera torpe. Como caminaría una sirena si tuviera piernas. Es decir: como una sirena en el agua y como... como una hada con falda estrecha y larga por... por... en mitad de un bosque. Eso es. Eso es lo que quería decir. ¿Te la imaginas? Pues así era la esposa de Rumboldt, Gwen, la señora Gwen de Rumboldt. Creo que el nombre con que les bauticé les sentaba mejor. Humboldt es demasiado... Humboldt, HUMBOLDT. Qué va, hombre. La puta H de los cojones con que me atormentó aquel enano dentado durante semanas.

“¿Ha venido Humboldt?” “No, no ha venido Humboldt. Humboldt ha dejado de existir. Como tú si no te callas, algún día, conejo de mierda, liebre.”

Eso es lo que debería haberle dicho. Pero no se lo dije. Le aticé y basta. Resuelto y desahogado. Se lo merecía.

Jamás volveré a comer la bazofia aquella que servían en la cantina. Yo trabajé también en las cocinas y sé lo que hacen los cocineros con la manduca. Los cocineros eran sebosos y arrastraban sus tripas colosales y su peste para luego meter sus dedazos como longanizas en los mejunjes aquellos mareados. También Raulito, mi ahijado, tuvo un laburo con esos tapires: mamelucos descomunales y groseros... los muy facundos se soltaban cuescos para gastarse bromas y se reventaban la papada en carcajadas, hijos de puerca madre. Pero Raulito era diferente: flaquito y sencillo, y se lavaba como un gato en cuanto salía. Y antes de entrar, claro. Era aseado al máximo, impecable. Nada que objetar.

Madre mía, no sabes que caimana acaba de pasar. Qué atropello, qué linda, por Dios. Y yo aquí, como los muertos, en cautiverio, como decía Juanito. Hay que buscarse los alicientes, si no, se te corta el pis y nada rueda. (...) Perdona... Oye, esto se corta. Esto está pitando otra vez. Oye, ya llamaré más tarde. Oye... Oye...

**(Cuelga).**

## ANEXO II

### LO QUE CUENTAN LAS MANOS BORRACHAS DE LAS MUDAS: PALABRAS QUE NO PRONUNCIAN.

**Marta.-** Quiero que el servicio sea óptimo, el máximo lujo.

**Teresa.-** Yo quiero derrochar y... tengo ganas de juerga ilimitada.

**Marta.-** Pues no llevamos ni un duro.

**Teresa.-** Espera, disimula, mira quien hay ahí, pero no mires.

**Marta.-** Ya le había visto.

**Teresa.-** Bueno, escúchame, si fuera... un caramelo.

**Marta.-** Sería un tofe de esos que se te pegan a los dientes.

**Teresa.-** Si fuera un diente...

**Marta.-** Sería el anular.

**Teresa.-** eso es un dedo.

**Marta.-** Pues sería la muela del juicio.

**Teresa.-** ¿Tú crees? Bueno, si tú lo dices.

**Marta.-** Pregúntame más.

**Teresa.-** Si fuera un animal.

**Marta.-** Sería... No lo sé.

**Teresa.-** Un buey, ¿no? **(Pausa.)** ¿No? **(Pausa.)** ¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara?

**Marta.-** Sería un fagot.

**Teresa.-** Eso es un...

**Marta.-** Sería un secreter, una libreta de papel cuadriculado, no, de papel de carta.

**Teresa.-** Bueno, es igual, ve a decirle lo que te parezca. A mí qué más me da.

**Marta.-** Estoy un poco cansada de este juego.

**Teresa.-** Estás borracha.

**Marta.-** Tengo que ir a trabajar. Espera un momento.

**Teresa.-** Estás tonta.

**(Marta va hacia Marcelo Buey. Le observa largo rato mientras Teresa juega a arrancar las sílabas de la lengua de él. Teresa besa a Marta en la mejilla y sale. Marta aguarda en silencio.)**